



La generación olvidada

Ya hacía tiempo que venía pensando en marchar a trabajar al extranjero. Tenía la ilusión de conocer otros países y otras culturas.



En Solanilla de la Sobarriba, pueblo cercano a la ciudad de León, se vivía de una agricultura y ganadería poco rentables. Un día del mes de marzo de 1971 me presenté en "Sindicatos" y me apunté en las listas para ir a Alemania, pues era el país que más me gustaba. A las tres semanas me mandaron una carta diciendo que había plazas para jardineros, para cultivar flores, y

acepté.

Después de pasar la prueba del examen médico en "Emigración", en la sede del INSS, al lado de Guzmán, ya todo estaba listo. El 27 de abril, a las 10 de la noche, cogimos el tren rumbo a Alemania.

La primera parada fue en Venta de Baños. Allí unieron dos trenes, uno que venía del Sur y otro del Norte; dos máquinas tiraban de aquel larguísimo tren de tres mil personas. Unos guías nos acompañaban al lugar de destino.

Después de una noche y un día llegamos a Elmshorn, una ciudad al norte de Hamburgo. Allí nos esperaban dos jefes de la empresa que nos llevaron a ocho españoles al pueblo de Bilsen Pinneberg, una zona rural de mil habitantes, a doce kilómetros de Hamburgo. Nos alojaron en una residencia bastante confortable, en Mühlenweg Strasse, 8. Al día siguiente fuimos a comprar al ultramarinos del "Señor Mortadela". Ese apodo se lo pusimos los españoles por el color colorado de la cara del dueño; y bien agradecido que estaba porque íbamos a su tienda a hacerle el gasto.

Después de ocho meses de cultivar flores me trasladé a Quickborn, un pueblo de veinte mil habitantes a diez kilómetros de Hamburgo, a una fábrica de chocolate. Trabajábamos quinientas personas, la mayoría españoles y portugueses, aunque también los había alemanes y de otros países. Elaborábamos



"stroise" para las tartas; muñecos para Navidad y tabletas de las marcas Trumf y Lind.

Después de trabajar nueve años en esta fábrica, solicité al ARBEITSAMT, la oficina de empleo alemana, un curso de aprendizaje de soldadura de arco voltaico, de susgas y de autógena. Fue cerca de la ciudad de Dortmund y duró nueve meses. Las clases y la vivienda eran gratuitas. El ochenta por ciento de lo que ganaba me lo pagaba la oficina de empleo.

Un fin de semana, dos compañeros y yo volvíamos desde Dortmund a Hamburgo y... ¡mala suerte!: al coche en el que viajábamos se le reventó una rueda. Después de dar unos cuantos bandazos terminó en el carril izquierdo y otros seis vehículos fueron chocando produciéndose un accidente en cadena. El primero que nos golpeó fue el coche de la policía criminal, mandándonos a seis metros de distancia, y los otros cinco a continuación, quedando todos amontonados. Un maletín que llevaba cargado de libros se rompió por la mitad y a mi no me pasó nada. Ese día volvía a nacer para hoy contarlo.

Al finalizar el curso de soldadura volví para Hamburgo a bus-



car trabajo. Iba por libre, preguntando en las empresas que empleaban a soldados. Nada más que les mostraba los papeles al día siguiente ya tenía trabajo. Fui soldador en una fábrica de máquinas elevadoras, y en la Granges Metologk. Aquí estuve muchos años soldando pistones y culatas, y otras piezas que pesaban 3.000 kilos, para los motores de los barcos. También estuvimos soldando en Dortmund, en una fábrica de cemento; se trataba de una rueda de engranajes de quince metros de diámetro. Luego pasamos a Austria a soldar una gigantesca prensa de tablonos de aglomerado. Siempre de viaje, y como la soldadura no es muy buena para la vista debido a los rayos ultravioleta, los últimos años los trabajé en la Gerber Klu, una empresa de productos secos. Esta es la historia de la mayoría de los emigrantes: "hay lentejas, si las quieres las comes y si no las dejas". Es la realidad de un duro trabajo para ganarse la vida. Pero todo se supera.



Mientras estuve soltero tenía que comprar para hacer la comida, y lavar y planchar la ropa; aunque a veces había alguna persona bondadosa que te echaba una mano. Un hombre tiene que aprender a hacer sus cosas y no tendrá problemas. La ciudad janséatica de Hamburgo es cosmopolita, llena de gente de distintos países y muchos parques grandes y muy bonitos, y muchos árboles. Muchas líneas de metro y de autobuses conectan las partes de la ciudad y los pueblos. Tiene también grandes lagos y canales, con pequeños barcos de recreo; con muchos museos y cosas para ver y para pasarlo bien. Los españoles teníamos dos centros culturales: la Casa de España y el Centro Gallego, donde se pasaban muchos fines de semana. En Hamburgo conocí a Ana Mariana Cortez, una chica de Centroamérica, salvadoreña. Estuvimos de novios seis años y el 26 de marzo de 1983 nos casamos en la iglesia de Santa Elisabeth, en la Ober Strasse, cerca del consulado español. El banquete lo celebramos en la Casa de España, con muchos es-



pañoles. Tuvimos un hijo que nació en el hospital María Krankenhaus y que se llama Marcos Douglas Llamazares. Fuimos seis veces al Salvador, a San Pedro Puxtla, el pueblo de mi mujer, de unos tres mil habitantes, departamento de Ahuachapán. Está a veinte kilómetros del océano Pacífico. Es muy bonito y se da toda clase de fruta tropical. Su gente es maravillosa. Hoy tenemos una pensión y vivimos en León. Y esta ha sido una pequeña historia de treinta y seis años en Hamburgo, Alemania.

Abundio Llamazares Llamazares
Taller de Prensa

